869.308
Ed 41
no. 41

Año IV Núm. 41

EDICIONES MINIMAS
CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS
Director: Leopoldo Durán

EL CANTAR DE LOS CANTARES

The Library of the
JUN 28 1982
University of Illinois
at Urbana-Champaign

BUENOS AIRES
1919

JUICIOS Y OPINIONES ACERCA DE LAS EDICIONES MINIMAS.

Meditaciones, por Manuel Medina Betancort.

El misterio de Dios, la esencia de la vida, lo inseguro del humano destino, la obsesión amarga de la muerte, así como la siempre esquiva felicidad tras la cual, incansable, marcha el hombre desde las edades remotas, han dado al Señor Betancort, motivo jugoso para escribir sus "Meditaciones".

El espíritu del autor, reflexivo por propia condición, gusta profundizar valientemente en los problemas eternos — y siempre nuevos — que el universo indiferente plantea a la pobre azorada humanidad. Y a fe que si lo hace la mayor parte de las veces con mucho tino y gran sagacidad, cuando, por ejemplo, sobre la duda o la moral medita, parécenos equivocado un tanto, en sus ideas acerca de la muerte.

No acertamos a comprender si el temor a la muerte, que el escritor confiesa, es hijo del pesimismo o de la incertidumbre del más allá, y menos comprendemos aún por qué afirma categóricamente, también sea para el sabio motivo de tragedia la certeza del fin irremediable. Porque nosotros creemos que es cualidad específica de la sabiduría no temer a lo que no se conoce, como lo dijo — si mal no recordamos — el bueno de Sócrates en aquella su famosa defensa contra la infamia y la ignorancia.

Por otra parte, sabiduría quiere decir cordura, valor y algo más grande aún: consciencia y equilibrio. De suerte que si el sabio vive con cordura y con valor afronta las situaciones adversas, aceptable será pensar dialogue serenamente con la muerte, a quien no puede mirar con horror, porque posee lo que el resto de los mortales ni vislumbra: la comprensión consciente del vital equilibrio que exige, para no perturbarse, la colaboración incesante de las dos hermanas inseparables.

Y para terminar, bien podemos contestarle a Betancort con las ideas de Finot al respecto, ideas sintetizables en estas pocas palabras: a la muerte solo la temen los que no cumplieron ampliamente su misión en la vida, los que aún con energías suficientes para completar la obra se fueron a la "región de donde no se vuelve", aunque nosotros creamos ingénuamente que se vuelve, bien bajo la forma de flor o de brillante y efímera mariposa de color.

Pero volvemos. *Tikónidos*. "Ideas". Buenos Aires, junio 1917.

*
* *

Del diario de mi amigo, por Enrique Herrero Ducloux.

Estas cortas páginas están saturadas de vida intensa observada sin prejuicios ni convencionalismos sociales. Cierta ironía sutil, cierta *manera* peculiarísima de ver las cosas que se suceden vertiginosamente en nuestra existencia cotidiana, atenúan un tanto el amargor que se desprende de muchas de estas reflexiones teñidas de un íntimo y peculiar subjetivismo. En estos fragmentos, aquí y allá, campea una observación sutil que parte de convicciones personales de íntima raigambre. De ellos se desprende siempre un hálito más o menos puro de edificante enseñanza. Se leen con creciente interés. De mí sé decir que en ellas he encontrado mucho digno de consciente aplauso. *F. García Godoy*. "El Adalid". Santo Domingo, 9 agosto 1917.

EL CANTAR DE LOS CANTARES, dramatizado por Jean de Bonnefón. Versión y notas de Rafael Cabrera. □ □ □ □ □ □

EDICIONES MINIMAS.
BVENOS AIRES. MCMXIX.

ARGUMENTO

Il est de viles décences.
J. J. Rousseau.

EL *Cantar de los Cantares*, que forma parte del Antiguo Testamento. ha sido objeto de grandes comentarios y de estudios críticos.

Es uno de los puntos más atacados del muy vasto campo de batalla de la Biblia, donde chocan los partidarios de lo sobrenatural y los soldados de la revelación, contra el ejército de los críticos y los racionalistas.

Los doctrinarios de la Fe y los de la negación parecen más preocupados del combate, para el que emplean como armas todos los textos, que de la hermosura, única manifestación que vale el honor y la pena de fijar a la humanidad inquieta.

Los teólogos implacables exprimieron este fruto divino del Oriente para extraer de él un zumo místico. Pero los teólogos no son infalibles y comprometen a Dios, cuando quieren emascular el más hermoso drama de pasión que existe, para hacer un diálogo compasado — pero profético — entre Jesucristo futuro y su Iglesia por venir.

Todas las otras hipótesis son más aceptables, aun la de Mac-Pherson, que vió en *EL Cantar de los Cantares* una serie de lemas y de voces que debieron ser colocados unos a continuación de otros, sobre las columnas del Templo, como las inscripciones de la Alhambra.

Otros tomaron *El Cantar de los Cantares* por una recopilación de cantos de amor, populares en Judea y yuxtapuestos por un tardío escriba.

Los más avisados adivinaron en él una pieza teatral, monumento del arte dramático que desafiara los tiempos y que hubiese perdido en su curso a través de los siglos la división escénica y los nombres de los personajes.

La acción de *El Cantar de los Cantares* aparece evidentemente al que lee el texto hebreo o la versión de los

Setenta (1), libres de las odiosas divisiones en capítulos y versículos, que no tienen ningún valor crítico, antes rompen el sentido a cada paso.

Ernesto Renán, en Francia, y otros, en Alemania, buscaron el drama entre las ruinas por las que trepa la hiedra de la teología.

Quisieron encontrar insoluble la dificultad de reconstruir un desarrollo análogo al del drama moderno. Complicaron la acción e imaginaron la intervención de una multitud de personajes, aun el del amante llorado por la Sulamita, que estaría presente en la escena. ¿Por qué no imaginar también que él vendió su amada a Salomón? Esto sería de un perfume muy oriental.

Lo que doy ahora difiere de lo que fué ya hecho, por la simplicidad extrema y la claridad del drama.

La traducción es literal, nueva por la expresión o el ritmo, pero respetuosa del texto hebreo.

Se cree que la ignorancia de un copista puso fuera de lugar el principio de la pieza y lo colocó hasta el fin, error que explica la disposición de la escritura hebraica.

Daré dos traducciones literales, (2) una de primera intención y de un solo trazo, sin capítulos ni versículos, la otra restableciendo lo que se cree que es el diálogo y la "mise en scène" del drama. Aparecen dos personajes; la Sulamita, el rey Salomón; además el coro. Se escucha a lo lejos a dos hermanos de la Sulamita, pero no los ve el espectador. La decoración representa un pabellón de los jardines del rey Salomón. Puede ponerse allí toda la clara hermosura del Oriente y toda la majestad que conviene al fausto de un gran rey.

Los creyentes se sentirán lastimados, sin duda, más en su malevolencia humana que en su fe espiritual, por la nueva representación de este drama.

¿Qué inconveniente ven en que la Biblia revelada contenga un drama de amor? ¿No fué dada la pasión al mundo para dejar a los seres el valor de vivir la vida? La pasión de amor que es el derecho del hombre y de la mujer, permanece como un acto de religión eterna, anterior y superior a las religiones dogmáticas.

---

(1) La versión de los Setenta es una traducción griega de los libros del Antiguo Testamento, para uso de los judíos de Egipto, que no entendían ya el hebreo. La edad y la factura de esta traducción están rodeadas de graciosas imaginaciones, tomadas a dos supuestos autores, Aristeo y Aristóbulo. En efecto, no se sabe ni por quién, ni cómo, ni en qué tiempo, fué hecha la versión griega del Antiguo Testamento. Tal como es, venerable por la edad, la versión de los Setenta, es una ayuda indispensable para la traducción del texto hebreo. *El Cantar de los Cantares,* muy modificado en la Vulgata latina, presenta pocas diferencias entre el original hebreo y la versión de los Setenta. Utilizamos uno y otra sin indicaciones, porque nuestro ensayo no es en lo absoluto una obra de gramática sino una restitución escénica del drama.

(2) Publicamos una sola de ellas, por cuanto aparece también en este cuaderno la versión de Cipriano de Varela, reputada como una de las mejores y hecha directamente del hebreo al castellano.

Los creyentes son los menos a propósito para condenar los ardores del verbo y el brillo de los colores. Si *El Cantar de los Cantares* es revelado por Dios, ¿por qué rehusar la hermosura a la expresión de Dios? Dios no es ni frío ni puritano, y su palabra puede tomar lo mismo la forma dramática que la forma lírica.

¡Graciosos fieles los que creen en un Dios hecho a su imagen: gazmoño, pedante, inquieto, escrupuloso!

Este catolicismo hace claudicar aun al arte divino: las religiones han hecho la apoteosis de la castidad; pero Dios hizo la apoteosis del amor creando el mundo y dando a sus criaturas la misión de perpetuarlo.

Lo ridículo no es moral nunca y *El Cantar de los Cantares* no se torna indecente sino cuando se hace un diálogo teológico y traidoramente místico, entre Nuestro Señor y su Iglesia.

En su sentido humano y natural, las palabras audaces del *Cantar de los Cantares* permanecen sanas y fortificadoras. Este drama expone el triunfo del amor verdadero sobre la prostitución oficial y real.

Los mensajeros de Salomón compraron en el país de Sulem una bella muchacha para el serrallo de su señor. La víctima fué entregada por sus hermanos. Pero ella arde por un pastor, con una pasión abrillantada por la fidelidad, como está revestida de oro una coraza de plata. Salomón viene a su pabellón para ver la nueva adquisición y comienza por decir a la joven las frivolidades propias de todas las cortes, lo mismo en aquel tiempo que ahora: el mundo varía poco.

La joven no ve al rey y le habla al amante lejano. Al principio Salomón toma para sí las respuestas que son llamamientos a otro, y el coro participa de este error de la fatuidad real. Poco a poco Salomón comprende el verdadero sentido de las palabras, se pica en el juego y llega a enamorarse sinceramente. La Sulamita continúa desdeñosa, llega hasta la insolencia, y derrota a Salomón en un apóstrofe final, que forma la moral de la glosa.

Y esto es todo; y es el triunfo de la pasión sobre la venalidad. Y es una diatriba de genio contra un rey tan grande, que los panfletistas de su tiempo necesitaron de genio para atacarle.

Y esto queda bastante hermoso así para ser inspirado por Dios, porque ya era revolucionario Dios, en los tiempos de Salomón.

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/edicionesminimas4119unse

EL DRAMA

La escena pasa en el umbral de un pabellón, en los jardines del serrallo real. La gente de Salomón descubre, en el país de Sulem, ciudad de la tribu de Isaacar, a una joven, que compraron para el placer de su señor. Los hermanos de la Sulamita arrancaron a su hermana de su vida rústica y del amante que tenía en la aldea. Acaban de entregarla y de lograr el precio convenido.

Cuando se alza el telón, se alejan ya; pero se escucha el final de su conversación.

Al principio, la Sulamita se encuentra sola a la entrada del pabellón. Piensa en el pastor del que fué separada tan bruscamente, y del que quiere continuar siendo amante fiel.

La gente de Salomón ha ido a prevenir a su señor, que llega, después de unos instantes, seguido de su corte que forma el coro.

UNO DE LOS HERMANOS DE LA SULAMITA

(*a lo lejos*).

TENEMOS otra hermana pequeña que no tiene pechos todavía. ¿Qué haremos de nuestra hermana cuando esté en edad de agradar?

OTRO HERMANO

Si es un muro, le haremos almenas de plata; si es una puerta le haremos batientes de madera de cedro.

LA SULAMITA

(*con voz profundamente triste*).

Fuí un muro; mis pechos fueron las torres de defensa. Ved cómo obtuve hasta aquí que me dejaran en paz...

UNO DE LOS HERMANOS

(más y más lejos, y continuando la conversación con su compañero de viaje):

Salomón tiene una viña en Baal-Hamón (1). Se la confió a arrendatarios de los cuales cada uno le paga mil siclos por su fruto.

LA SULAMITA

Mi viña está delante de mí (*muestra su cuerpo*) ...Le cuesta mil siclos a Salomón y en utilidad doscientos a los arrendatarios...

(Entra Salomón, en el esplendor de su traje real, seguido a distancia por su Corte, que forma el coro).

SALOMÓN

Hermosa, que te encuentras en este jardín, mira a mi séquito reunido que te escucha. Haz oir tu voz.

LA SULAMITA

(La Sulamita habla como en un sueño y se dirige al amante que dejó en la aldea, en lugar de responder a Salomón, que, al principio de la conversación toma para sí las amorosas palabras destinadas al ausente).

Huye, mi bien amado, y sé como el gamo o como el enodio de la cierva sobre las montañas perfumadas...

(Cierra los ojos y parece que entra en un sueño).

¡Béseme él con un beso de su boca!

(El coro, creyendo que la Sulamita se dirige a Salomón, aprueba las palabras sin entender su verdadero sentido, que está oculto, e ignorando a quién van destinadas en realidad).

---

(1) Ciudad de Palestina, hacia el Norte.

EL CORO

(volviéndose hacia Salomón).

Tus caricias, más que el vino, son buenas para los labios y, más que los mejores perfumes, son perfumadas. El encanto de tu nombre se extiende como el aceite derramado... Por eso las doncellas te aman.

LA SULAMITA

Tómame, correremos juntos. Me introdujo mi rey (1) en sus cámaras de embriaguez.

EL CORO

(le habla a Salomón).

Nuestra exaltación y nuestra alegría están en tí... Estamos ebrios de tus caricias más que de vino... ¡Cuánta razón tienen las que te adoran!

LA SULAMITA

Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén... Negra como las tiendas de los pueblos de Cedar, hermosa como los pabellones de Salomón... No creáis que soy morena; el sol es el que me quemó... Los hijos de mi madre se airaron contra mí; pusiéronme por guarda de viñas... ¡Ay! mi viña, que era mía, la descuidé!...

Dime, adorado de mi alma, dónde apacientas tu rebaño, dónde descansas al medio día, para que no comience a vagar en pos de los rebaños de tus compañeros...

(El coro se asombra ahora del lenguaje de la Sulamita. No se atreve a comprender, pero vacila).

EL CORO

Si eres rústica hasta este grado, ¡oh la más bella entre las mujeres!, parte... Ve, siguiendo la huella de los

(1) La Sulamita juega con la palabra rey, y habla de su amante, fingiendo que se dirige a Salomón.

rebaños, y apacienta tus cabritos cerca de las tiendas donde los pastores descansan...

(Salomón, muy turbado por la indiferencia que comprende de improviso, se torna lírico en la expresión de su deseo amoroso. Hasta su derrota, su tono va elevándose en las regiones del amor y del verbo).

SALOMÓN

Te comparo, amiga mía, a mis caballos uncidos al carro de Faraón... (1).

Bellas son tus mejillas; desnudo, es una joya tu cuello; por lo tanto le haremos collares de oro nielados de plata.

LA SULAMITA

Mientras mi rey descansaba en su reclinatorio, mis perfumes descubrieron su perfume. Hacecillo de mirra es mi bien amado para mí; siempre reposará entre mis pechos... Racimo de uva de las viñas de Engadí es mi bien amado...

SALOMÓN
(más y más lírico).

He aquí que tú eres hermosa, adorada mía, he aquí que tú eres hermosa; tus ojos son ojos de paloma.

LA SULAMITA
(se dirige siempre al ausente).

He aquí que tú eres hermoso, adorado mío, y arrogante... Estas flores son nuestro lecho; las ramas de cedro son las vigas de nuestro palacio; los troncos de los cipreses son nuestros artesonados...

SALOMÓN

Soy el narciso de Sarón, el lirio en el valle. Como el lirio entre las zarzas parece mi amada entre las mozas.

(1) Egipto suministraba los carros más suntuosos, y Salomón alude aquí a un obsequio que recibió de Faraón.

LA SULAMITA

Como un manzano en la espesura de las selvas (1) parece mi amado entre los mozos... A la sombra de aquel a quien yo había deseado, descansé, y su fruto es dulce a mi paladar...

Me introdujo en la bodega de su vino. La bandera que levantó sobre mí es el amor (2).

Dadme uvas para refrescarme... frutas para fortificarme... porque muero de amor...

Pero su brazo izquierdo sostiene ya mi cabeza y su brazo derecho me oprime.

(El coro marca con un murmullo su indignación porque la Sulamita se atreve a dirigirse, no al rey presente, sino al amante lejano).

SALOMÓN

(calma al coro con un gesto de autoridad).

Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas, por las ciervas de los campos! No atormentéis, no despertéis a la adorada, antes que ella misma no salga de su sueño.

LA SULAMITA

(continúa, sin escuchar nada, entregada por completo a su éxtasis de amor).

Es la voz del amado: he aquí que viene saltando por los montes, pasando por los collados... Mi bien amado es ágil como el gamo o el cervatillo... ¡Es él! Está detrás de la muralla, mira por la ventana, sus ojos salvan las rejas... Ya el adorado me dijo: "Levántate, aprisa, amada mía, hermosa mía; ven, porque el invierno terminó, la lluvia está lejos; cesó. Las flores aparecieron sobre nuestra tierra; el tiempo de las canciones es venido. La queja de la tórtola se escuchó en nuestros campos".

Los retoños de la higuera comienzan a brotar; las viñas en flor exhalan todo su perfume. Levántate, amada mía, radiosa mía, y ven.

"Paloma mía, oculta en los agujeros de la peña, en lo alto del muro, muéstrame tu rostro; que tu voz suene en

(1) Es decir, como un árbol con fruto en medio de otros árboles que no lo tienen.

(2) Alusión irónica a las banderas y a la pompa que rodea a los reyes. Renán dice: se levantaba una bandera sobre las bodegas o cámaras del vino, y se distribuía éste. — Véase *La Moallaca*, de Antera. — *Ensayo sobre la Historia de los Arabes.*

mis oídos, porque tu voz es dulce, porque tu rostro es encantador".

Cazad las zorras pequeñas que destruyen nuestras viñas, porque nuestra viña está en flor... (1).

Mi amado es para mí y yo para él que apacienta su rebaño entre los lirios... (2).

Cuando caiga el calor y cuando las sombras crezcan, torna, mi bien amado, rápido como el gamo o el enodio de la cierva en las montañas quebradas... En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma... Le busqué y no le hallé. ... Me levantaré y rodearé por la ciudad, me dije; por las calles y por las plazas, buscaré al que ama mi alma. Le busqué y no le hallé.

Halláronme los vigilantes que guardan la ciudad: "¿No vísteis, les pregunté, al que ama mi alma?"

Pasando de ellos un poco, hallé al que ama mi alma... Lo enlacé y no lo dejé hasta que le hice entrar en la casa de mi madre, y en la cámara donde nací...

(Movimiento de indignación del coro, asombrado de la audacia de la Sulamita).

SALOMÓN

Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y por las ciervas de los campos, no atormentéis, no despertéis a la adorada, antes que ella misma no salga de su sueño!

(El coro trata de divertirse y señala, con ironía, el palanquín de Salomón hecho para otros amores y llevado por criados).

EL CORO

¿Quién es ésta que sube del fondo del desierto (3) como nube cargada de mirra, de incienso y de todos los perfumes?

He aquí el palanquín de Salomón... Sesenta valientes de los más valientes de Israel lo rodean. Todos tienen espada y son diestros en los combates. Cada uno tiene su espada al lado para ahuyentar los peligros de la noche.

---

(1) Copla de un canto popular que la Sulamita mezcla a su sueño.

(2) Dice Renán: Las praderas de Sarón están en ciertas épocas del año cubiertas de lirios.

(3) Dice Renán: Es decir, "que aparece en el horizonte". Jerusalén está rodeada a cierta distancia de una cadena de desiertos.

La litera que hizo construir el rey Salomón es de madera del Líbano; quiso que las columnas fuesen de plata, que el solado fuese de oro; las gradas adornadas de púrpura, el interior acolchado de amor por las hijas de Jerusalén.

Salid y ved, hijas de Sión, ved al rey Salomón con la diadema con que le coronó su madre (1) el día de sus desposorios, el día en que se desbordó la alegría de su corazón (2).

(Nada distrae a Salomón de su objeto; continúa su corte inútil a la Sulamita, que no cesa de cantar al pastor ausente).

SALOMÓN

¡Qué bella eres, amada mía, qué bella! Tus ojos son ojos de paloma bajo los pliegues de tu velo. Son hermosos tus cabellos como son hermosos los rebaños de cabras suspensos en los flancos del monte de Galaad. Tus dientes son como manada de ovejas trasquiladas, saliendo del baño. Cada una de ellas tiene mellizos sin que una sola sea estéril. Tus labios son rojos como una cinta escarlata. Dulce es tu voz. Tus mejillas son como mitades de granada bajo los pliegues de tu velo. Tu cuello (3) es como la torre de David, construida para servir de arsenal; mil escudos están suspendidos de ella y todos los broqueles de los valientes. Tus dos pechos son como dos cervatillos gemelos que apacientan entre los lirios.

LA SULAMITA

Antes que refresque el día y huyan las sombras, iré a la montaña de la mirra, al collado del incienso.

SALOMÓN

Tú eres toda Hermosura, amada mía, y no hay mancha en tí.

Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano, ven. Mírame desde la cima del Amaná, desde las cuestas del Sa-

(1) Betsabé, madre de Salomón.

(2) El coro habla de un retrato de Salomón que debió ser colocado en uno de los paños de la litera.

(3) Dice Renán: Por los collares que le rodea es comparado su cuello a la torre guarnecida de armaduras.

nir y del Hermón, desde la morada de los leones, desde la montaña que habitan los leopardos.

¡Heriste mi corazón, hermana esposa! heriste mi corazón con una mirada de tus ojos, con un cabello de tu nuca. ¡Qué bellos son tus pechos, hermana esposa! ¡Son más hermosos que el buen vino, tus pechos! y el olor de tu perfume es mejor que el de todos los aromas.

¡Tu labio es un panal que destila miel! Leche y miel tienes debajo de la lengua, y el olor de tus vestidos es como el olor del Líbano.

Eres un jardín bien cerrado, hermana esposa, un jardín cerrado con una fuente sellada.

Tus encantos son las plantas de este delicioso jardín, lleno de granadas, de ciprios frutos y de nardo. El nardo y el azafrán, la caña aromática y el cinamomo, se encuentran con todas la esencias del Líbano, con la mirra y el áloe, con las plantas embalsamadas.

Tú eres también la fuente de estos jardines y el manantial de aguas vivas que corren del Líbano.

Levántate, Aquilón, ven, viento del medio día. ¡Sopla por todas partes sobre mi jardín y que sus perfumes se exhalen!

LA SULAMITA

Que venga mi bien amado a su jardín, y que devore los frutos de sus árboles...

SALOMÓN

Vine a mi jardín, hermana esposa; cogí la mirra y también el bálsamo; comí mi miel en su panal; bebí mi vino y mi leche.

(*Se vuelve hacia el coro*).

Comed, amigos míos, y bebed, llegad hasta la embriaguez, amigos míos.

LA SULAMITA

Yo duermo y mi corazón vela... Es la voz de mi bien amado; ¡llama!

"Abreme, dice, hermana mía, amada mía, paloma mía, mi sin mancilla, porque mi cabeza está llena de rocío, porque corren por mis cabellos las lágrimas de las noches".

Me despojé de mi túnica; ¿cómo me la vestiré? He lavado mis piés; ¿cómo ensuciármelos?

Pero mi bien amado puso su mano en la madera del pestillo, y mi seno se estremeció a este ruido...

Y me levanté para abrir al bien amado y mis manos esparcieron el olor de la mirra, y estaban llenos mis dedos de la mirra más pura...

Quité el cerrojo de mi puerta; abrí a mi bien amado... Pero había desaparecido, había pasado... Mi alma se estremeció desde que le oyó hablar; le busqué y no le hallé; le llamé y no me respondió...

Me encontraron entonces los vigilantes que recorren la ciudad... Me golpearon y me hirieron... Los guardias de las murallas quitáronme mi manto.

(*Se vuelve hacia el coro*).

Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, que si encontráis a mi bien amado, le digáis que muero de amor...

(*El coro, picado por la curiosidad, quiere saber el nombre del amante tan amado. Se lo pregunta bruscamente a la Sulamita. El coro tiene quizá la secreta esperanza de que la Sulamita responderá de un modo halagador para Salomón*).

EL CORO

¿Quién es, pues, este bien amado de los bien amados, ¡oh! la más bella de las mujeres? ¿Cuál es la superioridad de este bien amado de los bien amados que así nos conjuras para buscarle?

LA SULAMITA

Mi bien amado es de piel blanca y rosada, el señalado entre mil... Su cabeza es de oro puro... Sus cabellos tienen la flexibilidad de las ramas tiernas de la palmera, son negros como la pluma del cuervo... Sus ojos hacen pensar en las palomas que se ven sobre el agua de los arroyos, en las palomas que se creería bañadas en leche y que hacen su morada cerca de las grandes corrientes... El olor de sus mejillas es el de un prado aromático cuidado por jardineros... Sus labios tienen el perfume del lirio y destilan la más pura de las mirras... Sus manos, hechas a torno, brillan como si estuviesen cargadas de anillos de jacintos engastados en oro... Su vientre es un marfil veteado de zafiro azul... Sus piernas son columnas de mármol sobre un zócalo de oro... Su aspecto tiene

la majestad del Líbano. Es esbelto como el cedro... Su voz es infinitamente dulce... Todo él es deseable... Tal es mi bien amado... Y *él es mi amante*, hijas de Jerusalén...

(El coro es arrebatado por la potencia del amor, por la sublime brutalidad de la pastora de Sulem. El coro olvida a Salomón y la majestad real. Tiene, no obstante, curiosidad de ver al amante tan amado).

EL CORO

¿En dónde se halla tu bien amado, ¡oh! la más bella de las mujeres? ¿A dónde se apartó tu amado?... Lo buscaremos contigo...

LA SULAMITA

El bien amado descendió a su huerto, al prado de los aromas, para apacentar su rebaño y para coger lirios...

Yo soy de mi amado; mi amado es mío... el cual apacienta su rebaño en el campo de los lirios.

(Salomón no se descorazona. No cree que una muchacha rústica pueda resistirle largo tiempo. Su palabra se torna un himno de admiración y de amor. En su turbación, repite las palabras que ya había pronunciado).

SALOMÓN

Eres bella, amiga mía, como Thersa (1). Eres encantadora como Jerusalén, pero terrible como un ejército en línea de batalla. Aparta de mí tus ojos, porque ellos causaron mi derrota. Tus cabellos son brillantes como manana de cabras que se muestran en las pendientes del monte Galaad.

Tus dientes son como rebaño de ovejas trasquiladas saliendo del baño, portadoras de un doble fruto sin que una sola sea estéril.

Tus mejillas son como mitades de granada bajo los pliegues de tu velo.

Sesenta son las reinas; ochenta las concubinas; y las

(1) Antigua capital del reino de Israel.
Dice Renán: Ciudad del Norte de Palestina, que desde Jeroboam hasta Omri fué la capital del reino de Israel.

doncellas sin cuento. Pero única es la paloma mía, mi perfecta; es la única, la elegida de su madre.

La vieron las mozas y la proclamaron bienaventurada; las reinas y las concubinas la vieron y la alabaron.

(El coro está más y más asombrado de la influencia que adquiere sobre Salomón esta mujer INDIFERENTE).

EL CORO

¿Quién es ésta que avanza como una nueva aurora, bella como la luna, deslumbradora como el sol, terrible como un ejército en línea de batalla?

(La Sulamita se vuelve al lado opuesto del coro, y parece salir de un sueño).

LA SULAMITA

Al huerto de los nogales descendí, para ver los frutos del valle, para ver de lejos si la viña está en flor, si las granadas se formaron... Perdí el sentido, mi alma se sobresaltó al ruido de los carros de Haminadab.

EL CORO

Vuelve la frente, vuelve la frente, Sulamita, para que te contemplemos.

LA SULAMITA

¿Para qué mirar a la Sulamita en lugar de una danza de Mahanaim? (1).

SALOMÓN

¡Cuán hermosos son tus pies en tus sandalias, hija digna de una gran raza!

Tus coyunturas están moldeadas por estrechas ajorcas engastadas por manos de artistas.

(1) Ciudad célebre por la gracia de sus bayaderas y la suntuosidad de sus fiestas.

Tu ombligo es una copa hecha a torno para derramar la embriaguez. Tu vientre es como haz de trigo cercado de lirios. Tus dos pechos son como cabritos mellizos; tu cuello es como torrecilla de marfil.

Tus ojos son profundos como las piscinas de Hesebón cerca de la puerta de Bath-Rabbim.

Tu perfil es recto y puro como la torre del Líbano (1), la que mira hacia Damasco.

El conjunto de tu cabeza, es el esplendor del monte Carmelo. Tus cabellos son como hilos de púrpura; un rey está encadenado por sus bucles.

¡Qué bella eres, qué llena de gracia, amada hecha para mis delicias!

Tu cintura es flexible como el tallo de una palmera. Las puntas de tus pechos son como granos de uva.

Dije: "subiré a agazaparme en la palmera y tomaré el fruto".

"Tus pechos serán mis uvas y el olor de tu boca será el de la flor del manzano".

La saliva de tu garganta es un vino delicioso que mana dulcemente y refresca los labios del amante adormecido.

(La Sulamita, sin ver a Salomón, con los ojos vueltos hacia la lejanía, abruma al rey y a la corte con su ironía y su violencia. Al mismo tiempo evoca toda una existencia rústica).

LA SULAMITA

Yo soy de mi amado y mi amado es mío... Ven, bien amado, escapémonos al campo y vayamos a acostarnos a la aldea.

Levantémonos de mañana y vayamos a las viñas, veamos si germinaron las cepas, si las flores se tornaron frutos, si penden las granadas.

Allí te daré mis pechos... Los manzanos de amor esparcieron su perfume... A nuestras puertas están los frutos más hermosos; los nuevos y los ya secos, todos los tengo para tí, mi bien amado... ¡Que no seas mi hermano que mamó la leche de mi madre para que yo te halle fuera, te bese, y que no sea menospreciada de nadie por esto! (2) Te tomaré y te conduciré a la casa de mi madre; allí me enseñarás y yo te daré una copa de vino aromatizado y el jugo de mis granadas... Su mano izquierda sostiene ya mi cabeza y su brazo derecho me oprime...

---

(1) Renán dice: Una de las torres que David hizo construir al Norte de Palestina, para que sirviese de punto de observación contra los Sirios. (*Sam.* VIII. 6).

(2) Este llamamiento a los placeres del incesto que duplicaría los del amor, es un atrevimiento frecuente de la literatura oriental.

SALOMÓN

Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, no atormentéis, no despertéis a mi bien amada, antes que ella misma no salga de su sueño.

EL CORO

¿Quién es ésta que sube del fondo del desierto, llena de placer, apoyada en su bien amado?

(Salomón recobra al fin su dignidad real, abandona la lucha y sale).

LA SULAMITA

(al amante ausente).

Bajo el manzano te despierto; allí fué iniciada tu madre; allí fué martirizado el seno que te amamantó... Ponme como un sello sobre tu corazón, como una ajorca en tu brazo.

(Cesa de hablarle al amante ausente, y clama con voz de triunfo):

La pasión es fuerte como la muerte; el amor es inflexible como el infierno... Sus lámparas son lámparas todas de fuego y de llamas... Las grandes aguas no extinguen la flama de amor y los ríos pasan sobre ella sin sofocarla... Cuando el hombre quiere comprar el amor con el precio de sus riquezas, el amor lo menosprecia como si el hombre no hubiese dado nada.

EL LIBRO DE LOS CANTARES DE SALOMÓN.

VERSIÓN
DE
CIPRIANO DE VALERA.

CANCION de Canciones de Salomón.

2.—¡Oh si me besase de besos de su boca! porque mejores son tus amores que el vino.

3.—Por el olor de tus buenos ungüentos, ungüento derramado es tu nombre: por tanto las doncellas te amaron.

4.—Tírame en pos de tí, correremos. Metióme el rey en sus cámaras: gozarnos hemos, y alegrarnos hemos en tí: acordarnos hemos de tus amores, más que del vino. Los rectos te aman.

5.—Morena soy, ¡oh! hijas de Jerusalén, mas de codiciar, como las cabañas de Cedar, como las tiendas de Salomón.

6.—No miréis en que soy morena; porque el sol me miró: los hijos de mi madre se airaron contra mí: hiciéronme guarda de viñas, y mi viña, que era mía, no guardé.

7.—Hazme saber ¡oh! tú, a quien mi alma ama, donde repastas, donde haces tener majada al medio día: Porque ¿por qué seré, como la que se aparta hacia los rebaños de tus compañeros?

8.—Si tú no lo sabes, ¡oh! hermosa entre las mujeres, salte por los rastros del rebaño, y apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores.

9.—A una de las yeguas de los carros de Faraón te he comparado, ¡oh! amor mío.

10.—Hermosas son tus mejillas entre los zarcillos, tu cuello entre los collares.

11.—Zarcillos de oro te haremos con clavos de plata.

12.—Mientras que el rey estaba en su recostadero, mi espicanardi dió su olor.

13.—Mi amado es para mí un manojico de mirra: que reposará entre mis pechos.

14—Racimo de cofer en las viñas de Engaddí es para mí mi amado.

15.—He aquí, que tú eres hermosa, ¡oh! compañera mía, he aquí, que tú eres hermosa: tus ojos de paloma.

16.—He aquí, que tú eres hermoso, ¡oh! amado mío, también suave: también nuestro lecho florido.

17.—Las vigas de nuestras casas son de cedro: las tablazones, de hayas.

CAPITULO II.

YO soy el lirio del campo, y la rosa de los valles.

2.—Como el lirio entre las espinas, así es mi compañera entre las hijas.

3.—Como el manzano entre los árboles monteses, así es mi amado entre los hijos: debajo de su sombra deseé sentarme, y me asenté, y su fruto ha sido dulce a mi paladar.

4.—Trájome a la cámara del vino; y su bandera de amor puso sobre mí.

5.—Sustentadme con frascos de vino, esforzadme con manzanas; porque estoy enferma de amor.

6.—Su izquierda esté debajo de mi cabeza y su derecha me abrace.

7.—Yo os conjuro, ¡oh! hijas de Jerusalén, por las gamas, o por las ciervas del campo, que no despertéis, ni hagáis velar al amor, hasta que él quiera.

8.—¡La voz de mi amado! He aquí que éste viene saltando sobre los montes, saltando sobre los collados.

9.—Mi amado es semejante al gamo, o al cabrito de los ciervos. Héle aquí; está detrás de nuestra pared, mirando por las ventanas, mostrándose por las rejas.

10.—Mi amado habló, y me dijo: Levántate ¡oh! amor mío, hermosa mía y vente:

11.—Porque, he aquí, ha pasado el invierno: la lluvia se ha mudado, y se fué;

12.—Las flores se han mostrado en la tierra; el tiempo de la canción es venido, y voz de tórtola se ha oído en nuestra región;

13.—La higuera ha metido sus higos, y las vides en cierne dieron olor: levántate, ¡oh! amor mío, hermosa mía, y vente.

14.—Paloma mía, en los agujeros de la peña, en lo escondido de la escalera: muéstrame tu vista: hazme oir tu voz; porque tu voz es dulce, y tu vista hermosa.

15.—Tomadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas, mientras nuestras viñas están en cierne.

16.—Mi amado es mío, y yo suya: él apacienta entre lirios.

17.—Hasta que apunte el día, y las sombras huyan, tórnate, ¡oh! amado mío: sé semejante al gamo, o al cabrito de los ciervos sobre los montes de Bether.

CAPITULO III.

POR las noches busqué en mi cama al que ama mi alma; le busqué y no le hallé.

2.—Ahora pues levantarme he, y rodearé por la ciudad: por las calles, y por las plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué y no le hallé.

3.—Halláronme las guardas que rondan por la ciudad, y les pregunté, diciendo: ¿Habéis visto al que ama mi alma?

4.—Pasando de ellos un poco, luego hallé al que ama mi alma; trabé de él, y no le dejé, hasta que le metí en casa de mi madre, y a la cámara de la que me engendró.

5.—Yo os conjuro, ¡oh! hijas de Jerusalén, por las gamas, o por las ciervas del campo, que no despertéis, ni hagáis velar a mi amor, hasta que él quiera.

6.—¿Quién es ésta que sube del desierto como varas de humo, sahumada de mirra y de incienso y de todos polvos aromáticos?

7.—He aquí que la cama de Salomón sesenta fuertes la cercan, de los fuertes de Israel.

8.—Todos ellos tienen espadas, diestros en la guerra: cada uno su espada sobre su muslo por los temores en las noches.

9.—El rey Salomón se hizo un tálamo de madera del Líbano.

10.—Sus columnas hizo de plata, su solado de oro, su cielo de grana, su interior solado de amor por las hijas de Jerusalén.

11.—Salid, ¡oh! hijas de Sión, y ved al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre el día de su desposorio, y el día del gozo de su corazón.

CAPITULO IV.

HE aquí que tú eres hermosa, ¡oh! amor mío, he aquí que tú eres hermosa: tus ojos, de paloma entre tus copetes; tu cabello, como manada de cabras que se muestran desde el monte de Galaad.

2.—Tus dientes como manada de ovejas trasquiladas, que suben del lavadero: que todas ellas paren mellizos, y estéril no hay entre ellas.

3.—Tus labios, como un hilo de grana, y tu habla hermosa: tus sienes, como pedazos de granada, dentro de tus copetes.

4.—Tu cuello, como la torre de David edificada para enseñamientos: mil escudos están colgados de ella, todos escudos de valientes.

5.—Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama, que son apacentados entre lirios.

6.—Hasta que apunte el día, y huyan las sombras, iré al monte de la mirra, y al collado del incienso.

7.—Tú, toda eres hermosa, ¡oh! amor mío; y no hay mancha en tí.

8.—Conmigo del Líbano, ¡oh! esposa mía, conmigo vendrás del Líbano: mirarás desde la cumbre de Amaná, desde la cumbre de Senir, y de Hermón: desde las moradas de los leones, desde los montes de los tigres.

9.—Quitado me has mi corazón, hermana, esposa mía, quitado me has mi corazón, con uno de tus ojos, con un collar de tu cuello.

10.—¡Cuán hermosos son tus amores, ¡oh! hermana, esposa mía! ¡cuánto son mejores que el vino tus amores! ¡y el olor de tus ungüentos, que todas las especias aromáticas!

11.—Panal de miel destilan tus labios, ¡oh! esposa mía: miel y leche están debajo de tu lengua, y el olor de tus vestidos, como el olor del Líbano.

12.—Huerto cerrado, ¡oh! hermana, esposa mía, fuente cerrada, fuente sellada.

13.—Tus renuevos, como paraíso de granados con frutos suaves; alcanfores, y espicanardi.

14.—Espicanardi y azafrán, caña aromática, y canela, con todos los árboles de incienso: mirra y aloes, con todas las principales especias.

15.—Fuente de huertos, pozo de aguas vivas, que corren del Líbano.

16.—Levántate aquilón, y ven, austro, sopla mi huerto, caigan sus especias. Venga mi amado a su huerto, y coma de su dulce fruta.

CAPITULO V.

YO vine a mi huerto, ¡oh! hermana, esposa mía; yo cogí mi mirra, y mis especias. Yo comí mi panal, y mi miel; yo bebí mi vino y mi leche. Comed amigos, bebed amados, y embriagáos.

2.—Yo duermo, y mi corazón vela. La voz de mi amado, que toca a la puerta, diciendo: ábreme, hermana mía, amor mío, paloma mía, mi sin mancilla, porque mi cabeza está llena de rocío, mis guedejas de las gotas de la noche.

3.—He desnudado mi ropa, ¿cómo la tengo de vestir? He lavado mis pies, ¿cómo los tengo de ensuciar?

4.—Mi amado metió su mano por el agujero de la puerta, y mis entrañas rugieron dentro de mí.

5.—Yo me levanté para abrir a mi amado, y mis manos gotearon mirra, y mis dedos mirra que pasaba sobre las aldabas del candado.

6.—Yo abrí a mi amado: mas mi amado era ya ido, ya había pasado; y mi alma salió tras su hablar, le busqué, y no le hallé: le llamé, y no me respondió.

7.—Halláronme los guardas, que rondan la ciudad: hiriéronme, llagáronme, quitáronme mi manto de encima, las guardas de los muros.

8.—Yo os conjuro, ¡oh! hijas de Jerusalén, que si hallárais a mi amado, que le hagáis saber, que de amor estoy enferma.

9.—¿Qué es tu amado más que los otros amados, ¡oh! la más hermosa de todas las mujeres? ¿Qué es tu amado más que los otros amados, que así nos has conjurado?

10.—Mi amado es blanco, rubio, más señalado que diez mil.

11.—Su cabeza, oro fino: sus guedejas crespas, negras como el cuervo.

12.—Sus ojos, como de las palomas, que están junto a los arroyos de las aguas, que se lavan con leche, que están junto a la abundancia.

13.—Sus mejillas, como una era de especias aromáticas, como las flores de las especias; sus labios, lirios que gotean mirra que pasa.

14.—Sus manos, anillos de oro engastados de jacintos: su vientre, blanco marfil cubierto de zafiros.

15.—Sus piernas, columnas de mármol fundadas sobre bases de oro fino: su vista como el Líbano, escogido como los cedros.

16.—Su paladar, dulzuras, y todo él deseos. Tal es mi amado, tal es mi amigo, ¡oh! hijas de Jerusalén.

CAPITULO VI.

¿DONDE es ido tu amado, ¡oh! la más hermosa de todas las mujeres? ¿A dónde se apartó tu amado, y buscarle hemos contigo?

2.—Mi amado descendió a su huerto a las eras de la especia, para apacentar en los huertos; y para coger los lirios.

3.—Yo soy de mi amado, y mi amado es mío, el cual apacienta entre los lirios.

4.—Hermosa eres tú, ¡oh! amor mío, como Tirsa; de desear, como Jerusalén; espantosa, como banderas de ejércitos.

5.—Aparta tus ojos de delante de mí, porque ellos me vencieron. Tu cabello es como manada de cabras, que se muestran en Galaad.

6.—Tus dientes, como manada de ovejas, que suben del lavadero; que todas paren mellizos, y estéril no hay entre ellas.

7.—Como pedazos de granada son tus sienes entre tus copetes.

8.—Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas; y las doncellas sin cuento.

9.—Mas una es la paloma mía, la perfecta mía; única es a su madre, escogida a la que la engendró; viéronla las hijas, y llamáronla bienaventurada: las reinas y las concubinas la alabaron.

10.—¿Quién es esta que se muestra como el alba, hermosa como la luna, ilustre como el sol, espantosa como banderas de ejércitos?

11.—A la huerta de los nogales descendí, para ver los frutos del valle, para ver si brotaban las vides, si florecían los granados.

12.—No sé, mi alma me ha tornado como los carros de Aminadab.

13.—Tórnate, tórnate, ¡oh! Sulamita: tórnate, tórnate, y mirarte hemos. ¿Qué veréis en la Sulamita? Como una compañía de reales.

CAPITULO VII.

CUAN hermosos son tus piés en los calzados, ¡oh! hija del príncipe! Los cercos de tus muslos son como ajorcas, obra de mano de excelente maestro.

2.—Tu ombligo, como una taza redonda, que no le falta bebida. Tu vientre, montón de trigo cercado de lirios.

3.—Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama.

4.—Tu cuello, como torre de marfil: tus ojos, como las pesqueras de Jesebón junto a la puerta de Bathraben: tu nariz, como la torre del Líbano, que mira hacia Damasco.

5.—Tu cabeza encima de tí, como la grana; y el cabello en tu cabeza, como la púrpura del rey ligada en los corredores.

6.—¡Qué hermosa eres, y cuán suave, oh amor deleitoso!

7.—Tu estatura es semejante a la palma; y tus pechos, a los racimos.

8.—Yo dije: yo subiré a la palma, asiré sus ramos; y tus pechos serán ahora como racimos de vid; y el olor de tus narices, como de manzanas.

9.—Y tu paladar como el buen vino, que se entra a mi amado suavemente, y hace hablar los labios de los viejos.

10.—Yo soy de mi amado, y conmigo es su deseo.

11.—Ven, ¡oh! amado mío, salgamos al campo, moremos en las aldeas.

12.—Levantémosnos de mañana a las viñas; veamos si brotan las vides, si se abre el cierne, si han florecido los granados; allí te daré mis amores.

13.—Las mandrágoras han dado olor; y en nuestras puertas hay todas dulzuras, nuevas, y viejas. Amado mío, yo las he guardado para tí.

CAPITULO VIII.

¡OH, quién te me diese, como hermano, que mamaste los pechos de mi madre! Que te hallase yo fuera, y te besase, y que no te menospreciasen!

2.—¡Que yo te llevase, que yo te metiese en casa de mi madre: que me enseñases, que te hiciese beber vino adobado, del mosto de mis granadas!

3.—Su izquierda esté bajo de mi cabeza, y su derecha me abrace.

4.—Yo os conjuro, ¡oh! hijas de Jerusalén, ¿por qué despertaréis, y por qué haréis velar al amor, hasta que él quiera?

5.—¿Quién es ésta, que sube del desierto recostada sobre su amado? Debajo de un manzano te desperté: allí tuvo dolores de tí tu madre: allí tuvo dolores la que te parió.

6.—Pónme, como un sello, sobre tu corazón, como un signo sobre tu brazo; porque fuerte es como la muerte el amor; duro como el sepulcro el celo; sus brasas, brasas de fuego, llama fuerte.

7.—Las muchas aguas no podrán apagar al amor; ni los ríos le cubrirán. Si diese hombre toda la hacienda de su casa por este amor, menospreciando la menospreciarán.

8.—Tenemos una pequeña hermana que no tiene aún pechos: ¿qué haremos a nuestra hermana, cuando de ella se hablare?

9.—Si ella es muro, edificaremos sobre él un palacio de plata. Y si fuere puerta, guarnecerla hemos con tablas de cedro.

10.—Yo soy muro, y mis pechos son como torres desde que yo fuí en sus ojos como la que halla paz.

11.—Salomón tuvo una viña en Bahal-hamón, la cual entregó a guardas: cada uno de los cuales traerá mil piezas de plata por su fruto.

12.—Mi viña, que es mía delante de mí: las mil piezas serán tuyas, ¡oh! Salomón; y doscientos, de los que guardan su fruto.

13.—¡Ah la que estás en los huertos! los compañeros escuchan tu voz. Hazme oir.

14.—Huye, ¡oh! amado mío, y sé semejante al gamo, o al cervatillo de los ciervos, a las montañas de las especias.

INDICE

Págs.

Argumento..... 3

El Drama..... 7

El libro de los cantares..... 23

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO CUARTO

37 - 38.	G. BERNARD SHAW	Vencidos. (Comedia)
39.	EDMUNDO MONTAGNE	Poesías
40.	REMY DE COURMONT	Algunas Páginas
41.	ANTIGUO TESTAMENTO	El cantar de los cantares

Esta Administración ofrece algunas colecciones al precio de veinte pesos cada una.

Cuaderno de próxima publicación:

JARDINES DE FRANCIA

Versiones poéticas, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTINEZ

SUSCRIPCIONES:

SEMESTRE $ 1.50 m|n. — AÑO $ 3.00 m|n.

Precio de este número: 25 cts.

Número atrasado: 0.40 centavos

DIRECCIÓN: **Doblas, 609** - BS. AIRES.

Correspondencia: Apartado Postal 66 - Bs. As.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 114886325

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

1.	ALMAFUERTE	Evangélicas
2.	RABINDRANATH TAGORE	Poemas
3.	JUAN B. JUSTO	Labor Periodística
4.	JUAN PEDRO CALOU	Breviario de los Tristes
5.	LAO - TSÉ	El Libro del Sendero y de la Línea Recta
6.	RUBÉN DARÍO	Cabezas
7.	OSCAR WILDE	Balada de la Cárcel de Reading
8.	LEOPOLDO LUGONES	Cuentos
9.	EDGAR POE	Las Campanas y otros poemas
10.	JOSÉ INGENIEROS	Psicología de la Curiosidad
11.	CLEMENTE ONELLI	Aguafuertes del Zoológico
12.	ANDRÉS TERZAGA	Líneas

AÑO SEGUNDO

13.	RAFAEL ALBERTO ARRIETA	Canciones y Poemas
14.	ALMAFUERTE	Amorosas
15.	E. HERRERO DUCLOUX	Del Diario de mi amigo
16.	JOSÉ ENRIQUE RODÓ	Parábolas
17.	M. MEDINA BETANCORT	Meditaciones
18.	RABINDRANATH TAGORE	Poemas
19.	MARIANA ALCOFORADO	Cartas Amatorias
20.	GIOVANNI PAPINI	La oración del buzo
21.	JOSÉ INGENIEROS	La intimidad sentimental
22.	FRAY MOCHO (José S. Alvarez)	Cuentos
23 - 24.	RAFAEL OBLIGADO	Santos Vega

AÑO TERCERO

25.	JUAN MONTALVO	Prosas
26.	GIOSUÉ CARDUCCI	Odas Bárbaras
27.	AGUSTÍN ALVAREZ	Ensayos y Anécdotas
28.	ANTON CHEKHOFF	Ojos con Sueño
29.	GOYCOECHEA MENÉNDEZ	Páginas Selectas
30.	ANATOLE FRANCE	Crainquebille
31.	FERNÁNDEZ MORENO	Antología (1915-1918)
32.	EDUARDO WILDE	Mar Afuera
33.	GABRIELE D'ANNUNZIO	Tierra Virgen
34 - 35.	FRANZ TOUSSAINT	El jardín de las caricias
36.	GUILLERMO VALENCIA	Poemas